

dio, «volver a los estoicos... que supieron dar a la libertad un sentido más filosófico que político» (*ib.*), porque «no existe receta política para hacer frente a los peligros de la era post-política... En este sentido es en el que la revolución a llevar a cabo es de orden espiritual. Los debates del futuro se referirán a la relación del hombre con el mundo, *serán debates éticos*» (*ib.*).

Esta es, efectivamente, la situación actual: la dialéctica entre la ética metafísicamente fundada (Spaemann, J. Pablo II, Ratzinger, etc.) frente a la pretensión de una ética inmanente (Rorty), puesta en un brete jurídico por Dworkin. Lo cierto es que «ya no sabemos qué es la libertad en la esfera frecuentada durante demasiado tiempo por la política... El final de la era de la Ilustración y su ambición de revelar mediante la política el orden de la razón no será, pues, necesariamente, una renuncia a la razón y una vuelta a las pasiones oscuras. Para evitar ese riesgo es preciso hoy recuperar la sabiduría... preservar la independencia del espíritu, no sólo ya de la política de los dictadores, sino del empobrecimiento de las conciencias» (pág. 138). Volver, pues, al «Comentario del *De Trinitate* de Boécio» —el último hombre clásico o el primero de la Cristiandad— hecho por Tomás de Aquino, donde distingue la Sabiduría de la Ciencia poniéndolas en su propio lugar.

Viendo el panorama actual de la política se ve el valor del análisis de Guéhènno. Hoy impera el puro verbalismo en la discusión intelectual, nadie se atreve a sacar las últimas consecuencias racionales. Guéhènno lo hace, poniendo en evidencia la falacia del actual discurso político, pleno de rancios «razonamientos» (¿?) periclitados, puestos fuera de juego por «la astucia de la razón».

ANTONIO SEGURA FERNS

Paul Johnson: INTELECTUALES (*)

Una breve nota bibliográfica sobre un libro interesante ... y divertido, pareja que rara vez se da en la producción editorial. Tras su lectura el juicio rápido de quien aún conserve algún resto de cultura cristiana, matriz se quiera o no de la cultura occidental, puede resumirse en dos palabras: ¡Qué sinvergüenzas! Y no se hace una valoración moral de intenciones, sino sobre los hechos

(*) Ed. Javier Vergara, 1990.

existenciales de los biografiados. Son Rousseau, Shelley, Marx, Ibsen, Tolstoy, Hemingway, Russell, Brecht, Sartre, entre los «intelectuales» que de uno u otro modo han influido en el discurso moderno. Además de estos, todos ellos de primera línea en la cultura moderna, cita a otros, sin duda no tan importantes, pero no menos influyentes, a veces no por lo que escribieron sino por su posición influyente en el mundo editorial, como Victor Gollanz o Lillian Hellman. Y dedica un último capítulo, titulado significativamente «La huida de la razón» a escritores de «la gauche divine» filomarxista que proliferó tras la Guerra Mundial II: Orwell, Waugh, Connolly, Mailer, Tynan, Fassbinder, Baldwin y, finalmente, Chomsky. De estos los supervivientes al declive y caída final del marxismo, señala el giro ideológico que forzosamente tuvieron que soportar. Así, Connolly «pronto se dio cuenta de que era un hedonista por naturaleza y describía su meta no tanto como la perfección, sino la *perfección en la felicidad*» (pág. 323), para lo que expone un programa de objetivos en diez puntos: «los principales indicadores de una sociedad civilizada eran los siguientes: 1) abolición de la pena de muerte; 2) reforma penal...; 3) eliminación de los barrios bajos; 4) luz y calefacción subsidiada; 5) medicinas gratis y alimentos subsidiados; 6) abolición de la censura...; 7) reforma de las leyes contra los homosexuales y el aborto y divorcio; 8) limitaciones a la propiedad inmobiliaria; 9) conservación de las bellezas arquitectónicas y naturales...; 10) leyes contra la discriminación racial y religiosa» (pág. 325). Programa actual de la izquierda progresista.

Hemos empezado por este «profeta menor» pues expone admirablemente el programa «progresista» que la izquierda ha tenido que tomar a toda prisa tras el fracaso del «socialismo real» que les encandiló en los últimos 70 años. La otra característica de este grupo es la justificación de la violencia ... siempre que proceda de la izquierda: «La asociación de los intelectuales con la violencia se da demasiado a menudo para que se pueda descartar como una aberración» (pág. 328). En efecto, «dado que la furia, cuando se vuelve hacia adentro, es un peligro para la creatividad, ¿no era entonces la violencia, cuando se usa, exterioriza y desfoga, creativa en sí misma? ... Este fue el primer intento seriamente pensado y bien escrito, de dar legitimidad a la violencia personal (como opuesta a la violencia institucionalizada)» (pág. 331). Y este fue, precisamente, el caso de Mailer: «Mailer compendia el entretejido de permisividad y violencia que caracterizó a las décadas de 1960 y 1970» (pág. 333).

He empezado el comentario por el final, porque es el que ahora

nos afecta. Pero este final tiene un principio y una historia. Que es, precisamente la que con gracia fina cuenta Johnson. El mismo, al final de la obra, da cuenta y resumen no sólo de ella, sino del método que ha seguido: «Hace alrededor de doscientos años que los intelectuales laicos comenzaron a reemplazar al antiguo clero como mentores y guías de la humanidad. Hemos observado cierto número de casos individuales de aquellos que buscaron aconsejar a la humanidad. Hemos examinado sus credenciales morales y de criterio para esta tarea. En especial hemos examinado su actitud hacia la verdad, la manera que buscan y evalúan las pruebas, su postura no sólo ante la humanidad, sino ante los seres humanos individuales; la manera que tratan a sus amigos, colegas y servidores y sobre todo a sus propias familias. Hemos mencionado las consecuencias políticas y sociales de seguir su consejo ... ¿Qué conclusiones deberían sacarse? Los lectores juzgarán por sí mismos ... Hoy día detecto un cierto escepticismo público cuando los intelectuales se paran para predicarnos, una tendencia creciente entre la gente común a discutir el derecho de los académicos, escritores y filósofos, por eminente que puedan ser, a decirnos cómo debemos comportarnos» (pág. 350).

Tras esto poco hay que añadir, pero no me resisto a traer alguna «perlas» que seguro excitarán la curiosidad del lector. Así, vgr., de Rousseau —«el santo hecho a sí mismo» que dice J. H. Huizinga— cuenta cómo sus hijos naturales los enviaba al asilo: «ninguno tuvo nombre. Es improbable que sobreviviera alguno de ellos por mucho tiempo ... Un promedio de catorce de cada cien sobrevivía hasta los siete años, y de estos cinco llegaban a la madurez. Rousseau ni siquiera anotó la fecha de su nacimiento de sus cinco hijos y nunca mostró interés alguno por enterarse de su destino» (pág. 33). Por su parte, «Shelley, lo mismo que Byron, siempre se consideró que estaba exento a perpetuidad de las reglas normales de conducta sexual» (pág. 46). Lo cual prueba fehacientemente el autor.

De Marx cuenta algo que no me resisto a transcribir: «En todas sus investigaciones sobre las iniquidades de los capitalistas británicos, encontró muchos ejemplos de obreros mal pagados pero nunca logró descubrir alguno que no recibiera ningún sueldo en absoluto. Sin embargo el caso se dio en su propio hogar. Cuando llevaba a su familia al paseo formal de los domingos, una figura femenina baja y gorda cerraba la marcha llevando una canasta de picnic y otro bártulos. Era Helen Demuth, conocida en la familia como Lenchen ... se había incorporado a la familia von Westphalen (la esposa de Marx, A. S.) cuando tenía ocho años como ni-

fiera. Comía y vivía, pero no recibía sueldo alguno ... Lenchen fue la amante de Marx y concibió un hijo de él ... A Marx le aterraba la posibilidad de que se descubriera que era el padre de Freddy y que eso le hiciera un daño fatal como dirigente y profeta de la revolución ... Finalmente convenció a Engels de que reconociera en privado como una pantalla para disimular en familia ... Engels murió de cáncer de garganta ... imposibilitado de hablar, pero decidió que Eleanor no siguiera creyendo que su padre era inmaculado y escribió en la pizarra: 'Freddy es hijo de Marx'» (pág. 90).

Ibsen, creador del moderno concepto del teatro, «que había pisoteado las convenciones y había predicado las libertades de la vida bohemia, presentaba el mismo una estampa severamente ortodoxa ... quizá hasta el extremo de la caricatura» (pág. 98), y más adelante señala cómo «tuvo toda su vida una verdadera pasión por las medallas y las condecoraciones» (pág. 99). Más aleccionador es el caso de Tolstoy: «Afirmó que los siervos debían ser liberados ... Declaró que emanciparía a sus siervos contra el pago de la renta de treinta años ... Resultó que los siervos creyeron los rumores que circulaban entonces, de que el nuevo rey, Alejandro II, tenía la intención de liberarlos sin condiciones ... y rechazaron la propuesta ... Esta era la situación cuando en 1861 Alejandro II emancipó a los siervos por decreto imperial» (págs 132-133). ¡La Historia suele jugar terriblemente con los «profetas»! En nuestros días esto se repite: «La leyenda de B. Brecht relata que en la escuela no sólo repudió la religión sino que quemó la Biblia y el Catecismo en público y casi le expulsan por sus opiniones pacifistas. En realidad parece que escribió poemas patrióticos y tuvo problemas no por su pacifismo, sino por copiar en los exámenes» (pág. 182). B. Russell, especialista en lógica del lenguaje y autor de *Principia Mathematica*, cuenta cómo «durante la invasión soviética de Checoslovaquia ... le convencieron de que firmara una carta de protesta junto con otros escritores ... Decidí ... que podría tener más efecto en el mundo comunista si leías 'Del Conde Russell OM y otros'. Pero Russell se dio cuenta del engaño y se enojó ... Me dijo que lo había hecho a propósito para dar la falsa impresión de que él mismo había organizado la carta. Lo negué y le dije que la única intención había sido dar a la carta el máximo impacto. 'Después de todo', dije, 'si aceptó firmar la carta, no se puede quejar si ponen su nombre primero ... no es lógico'. '¡Al diablo con la lógica!', dijo Russell» (págs. 231-232). Russell era anticomunista ... pero menos.

Terminamos con algo sobre Gollanz: «Fue importante no por-

que él mismo produjera alguna idea sobresaliente, sino porque fue agente a través del cual muchas ideas se grabaron en la sociedad con gran fuerza» (pág. 277). Ideológicamente «fue algún tipo de socialista toda su vida, que según él estaba dedicada a ayudar a los 'trabajadores' ... Pero no hay prueba alguna vez conociera a algún trabajador ... Tenía diez sirvientes en su casa de Londres ... Es curioso que la participación de Gollanz en la causa activa anticapitalista date de 1928-30, justo cuando él mismo se estaba convirtiendo en un capitalista de gran éxito» (pág. 284). Lógicamente «esto fue el preludio de un largo amorío con la Unión Soviética» (*ib.*), a cuyo servicio puso su organización editorial: «En los libros de Gollanz comenzaron a usarse ... todo tipo de *recursos* para engañar a sus lectores ... Es así como en una carta a Webb Miller acerca de un libro sobre España le ordenó la supresión de dos capítulos que sabía decían la verdad» (pág. 286). En efecto: «Las publicaciones del Club del Libro de Izquierdas estaban concebida deliberadamente para promover la línea del PC por medio del engaño ... La década del treinta, más aún que otras décadas, fue la edad de la mentira, tanto grande como pequeña» (pág. 290).

«Si Victor Gollanz fue un intelectual que alteró la verdad en el interés de sus objetivos milenaristas, Lillian Hellman parece que fue una de aquellas para quienes la mentira es algo natural. Como Gollanz, formó parte de la gran conspiración de Occidente para ocultar los horrores del estalinismo» (pág. 297). Era una de esas intelectuales marxistas que tenía «otro hábito peligroso: no pagaba el impuesto a las rentas. Como sugieren los casos de Sartre y de Wilson, entre los intelectuales radicales se nota una tendencia común a exigir programas ambiciosos del Gobierno sin sentir ninguna responsabilidad de contribuir a ellos» (pág. 308).

Esto sólo son unas pocas muestras del análisis que hace Paul Johnson de los intelectuales que han conformado el mundo moderno, vistos no sólo en sus obras, sino en su vida. Podemos terminar diciendo con el Autor: «Uno de los temas de este libro es que las vidas privadas y las actitudes públicas de los intelectuales destacados no pueden separarse: cada una ayuda a explicar a la otra. Los vicios y debilidades privadas se reflejan casi invariablemente en la conducta en el teatro del mundo» (pág. 282). Porque, como dice el aforismo clásico, «cuando no se piensa como se vive, se vive como se piensa». Y al revés.

ANTONIO SEGURA FERNS.